

ALYSON  
RICHMAN

AUTORA DE *LOS AMANTES DE PRAGA*

El  
jardín  
italiano

UN AMOR QUE DESAFIARÁ A MUSSOLINI  
Y HARÁ FRENTE AL HORROR DE LA GUERRA



ESPASA

ALYSON RICHMAN

EL JARDÍN ITALIANO

Traducción de Susana Olivares Bari



Título original: *The Garden of Letters*

© Alyson Richman 2011

© por la traducción, Susana Olivares Bari, 2022

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2022

© De esta edición, Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978-84-08-25835-3

Depósito legal B. 7.770-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

PORTOFINO, ITALIA  
OCTUBRE DE 1943

Ella lleva en la mochila su vida entera, reducida a poco más que pequeños fragmentos. Aunque el peso físico de estos es insignificante, todo lo que carga parece pesarle. Se sujeta la falda para contenerla, pero el viento que sopla desde la bahía es implacable y el algodón ondea a su alrededor como un paracaídas. Cierra los ojos e intenta imaginar que se eleva sobre la cubierta del barco, flota sobre el aire fresco y mira hacia abajo mientras el navío atraviesa las aguas. Génova, Rapallo y la costa occidental de Italia semejan el filo de un cuchillo contra el mar. Desde el barco puede ver las pálidas fachadas de las villas acurrucadas contra los acantilados y los hoteles centenarios que miran al océano.

Lleva días viajando, pero parece que hayan sido meses. Con el pañuelo gris sobre su cabello oscuro y el modesto y sencillo vestido azul marino, podría ser cualquier muchacha italiana de poco más de veinte años.

Tiene el estómago vacío. Trata de olvidar el hambre y

se dedica a observar a los demás pasajeros que la acompañan. El barco lleva a cerca de treinta personas. Siete son soldados alemanes y hay varias abuelas vestidas de luto. Los demás son hombres y mujeres normales y corrientes; anónimos.

Justo como espera que la vean a ella.

Desde el principio de la guerra aprendió a pasar inadvertida, a parecer insignificante, alguien a quien no valdría la pena parar por la calle. No puede recordar la última vez que se puso un vestido de colores o su blusa de seda favorita, la de las flores blancas. La belleza, como ha terminado comprendiendo, es un arma más; mejor ocultarla, y mostrarla solo ante una necesidad imperiosa.

El instinto la lleva a cubrirse el vientre con ambas manos cuando el barco se acerca al muelle. Le sorprende ver a tantos alemanes allí, en especial cuando creía que iba a encontrarse a salvo. Hace semanas que trata de evitarlos, pero aquí están, en el muelle, a la espera de revisar los documentos de todos los pasajeros.

Siente que el estómago le da un vuelco. Se quita la mochila y, sin pensarlo, la aprieta contra el pecho.

Se pone de pie, pero siente que las piernas le flaquean bajo el peso del cuerpo. Se lleva las manos a las mejillas y las presiona levemente para que la palidez de su miedo dé paso a un poco de color.

Temerosa de que los soldados decidan hurgar en el fondo de su mochila, saca sus documentos falsificados y los sostiene a su lado. Avanza con lentitud detrás de una de las viudas, que lleva un crucifijo tan enorme que espera que le sirva de protección a ella también, o, por lo menos, que distraiga a los soldados por un momento.

Camina con cuidado por la cubierta hasta alcanzar el muelle. Elevadas sobre la colina, las casas casi parecen dientes. Observa las buganvillas que decoran las terrazas y las flores de hibisco que se abren como parasoles bajo la luz del día. Inhala la fragancia del jazmín, pero el temor la debilita con cada paso que da.

—*Ausweis!*

Los alemanes gritan sus órdenes mientras arrebatan la documentación de las manos nerviosas de la gente.

Elodie es la siguiente. Sus manos se aferran a los papeles falsos. Unas semanas antes destruyó el carné que ofrecía su identidad verdadera. Ahora, Elodie Bertolotti es Anna Zorzetto.

«Anna. Anna.» Trata de concentrarse en su nuevo nombre.

Siente que el corazón se le sale del pecho.

—¡Siguiente! ¡Tú!

Uno de los alemanes le arranca los papeles de las manos con tal fuerza que sus dedos se tocan durante un instante. El mero contacto la hace estremecerse.

—¡Nombre! —exclama el alemán. Su voz es tan brusca que Elodie se queda paralizada y es incapaz de emitir el más mínimo sonido—. ¡Nombre!

Su boca se abre, pero es como un instrumento con sordina. Empieza a tartamudear y, de la nada, una voz atraviesa el aire.

—¡Prima, prima! —le grita un hombre de pecho amplio y fuerte de entre la muchedumbre reunida en el muelle—. ¡Prima! Gracias a Dios que estás aquí. ¡Llevo días esperándote!

El hombre se abre paso hasta el frente del gentío y la abraza.

—Viene conmigo —le dice al soldado alemán.

—Pues... llévesela, entonces —masculla este mientras estira la mano para tomar los documentos de la siguiente persona de la fila.

El hombre corpulento, a quien Elodie no había visto jamás, la agarra del brazo con firmeza y empieza a conducirla a través de la multitud. Aparta de su camino a empujones a diversas personas para que ella pueda seguirlo sin estorbos.

Da media vuelta para mirarla y señala con la mano una colina.

—Por allí —susurra—. Vivo más arriba del puerto, en el acantilado.

Ella se detiene en seco un segundo. Todavía puede oír el barullo del muelle: los alemanes que espetan órdenes, la gente que grita tratando de localizar a sus familiares, el llanto de los niños agotados.

—No soy su prima —le dice al fin—. Debe de estar equivocado.

Trata de hablar lenta y claramente. Si bien es verdad que la manera en que habla el hombre es más formal que el dialecto que ha escuchado en el muelle y su discurso es más educado, Elodie no quiere arriesgarse a que malinterprete sus palabras.

Se le ha aflojado el pañuelo, lo que permite que su rostro emerja de entre el mar de tela como agua que deja atrás una gema pulida. De inmediato, el hombre queda impactado por el verde de sus ojos y por la intensidad de su mirada. La observa unos segundos en silencio antes de responderle:

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué me ha salvado?



Elodie oye la respiración del hombre, un suspiro que se le escapa del pecho.

—Cada pocos meses bajo al muelle para salvar a una persona.

La chica lo observa, confundida:

—Pero ¿por qué me ha escogido a mí?

Él estudia su rostro, como para confirmar algo que ya sabe.

—¿Por qué? Es sencillo. Elijo a la persona que parezca más asustada.